

REACCIÓN

Así se titula el libro que Susan Faludi publicó en 1991, y que recoge los ataques contra la igualdad producidos en los años 80 desde diversos ámbitos de la sociedad estadounidense con el fin de frenar los avances de las dos décadas anteriores. Psicólogos y psicoanalistas hablaban de las dificultades que tenían las mujeres que aplazaban el matrimonio y la maternidad para concentrarse en su carrera profesional; algunos sociólogos afirmaban que las reformas legislativas inspiradas por las feministas privaban a las mujeres de protecciones especiales, y los locutores de radio sostenían que las guarderías podían ser perjudiciales para la salud de los niños. El presidente de la Universidad de Boston, por su parte, afirmaba que el departamento de inglés se había convertido en un “maldito matriarcado” porque seis de sus veinte profesores eran mujeres.

Con el avance del feminismo, con los cambios en la legislación y el acceso de algunas mujeres a puestos de poder, también aquí ha llegado la reacción. Las manifestaciones en contra de la igualdad son cada día más numerosas, y las exhibiciones de machismo que hace unos años se consideraban inapropiadas son cada vez más desvergonzadas. Opinar acerca de temas relacionados con la igualdad de sexos sin tener ningún conocimiento del tema, ridiculizar a las feministas y a quienes luchan por la igualdad o hacer comentarios denigrantes acerca de mujeres que detentan cargos políticos se está convirtiendo en un deporte nacional para numerosos políticos, periodistas y agentes culturales. En ese sentido, algunas ministras de los gobiernos del PSOE fueron objeto de un sexismo intolerable en una democracia.

Hace unas semanas, el señor Ignacio Bosque, académico de la lengua, en un artículo titulado “Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer”, se permitió la siguiente frivolidad sobre el sistema de cuotas: “conozco mujeres que consideran ofensivo el establecimiento de cuotas que regulen su acceso a puestos de responsabilidad”. El sistema de cuotas, defendido por el movimiento feminista como medida transitoria para que las mujeres tengan mayor presencia en aquellos puestos donde están infrarrepresentadas, ha sido un tema recurrente en los artículos de opinión y en las tertulias, muchas veces para poner en solfa a quienes lo defienden.

Las declaraciones del señor Ruiz-Gallardón, ministro de Justicia, que revelaba al mundo aquello de que el aborto es el resultado de la violencia estructural de género, son una forma tan sofisticada como burda de tergiversar el discurso feminista. Meses antes, Ana Mato, ministra de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, hablaba de “violencia en el entorno familiar” para referirse a la violencia de género, mezclando con calculada distracción dos conceptos muy distintos entre sí. Mientras la violencia de género es, sí, estructural, y abarca a todas las sociedades del mundo, ya que está en la raíz del patriarcado, la violencia del entorno familiar puede afectar a cualquiera de sus miembros: la madre, la hija, el hijo, el padre o la abuela.

Recientemente, una politóloga criticaba a las feministas porque habían ignorado a Margaret Thatcher, y un periodista se quejaba de que las feministas no se hubieran solidarizado con la señora De Cospedal. Pues bien, feministas son quienes luchan por la igualdad de hombres y mujeres y no quienes defienden a las mujeres, digan lo que digan o hagan lo que hagan. El feminismo ha defendido a lo largo de la historia a las mujeres agredidas por los varones y a todas aquellas que, rompiendo los estereotipos sexistas, han creado espacios de libertad para el resto de las mujeres. Ya es hora de que nuestros más preclaros periodistas, políticos, tertulianos y demás se enteren. Incluso los académicos, reacios siempre a los cambios... que no les gustan.

Desgraciadamente, es la misma vieja historia la que vemos repetirse. En el siglo XIX, cuando las sufragistas luchaban por el voto, el derecho a la educación y la igualdad salarial con los varones, los argumentos antifeministas eran que una educación igual las convertiría en solteras, que la igualdad en el empleo las volvería estériles y que tener los mismos derechos que los hombres las convertiría en malas madres. Tras la Segunda Guerra Mundial, se promovieron campañas para animar a las mujeres a que abandonaran sus puestos de trabajo y se ocuparan en exclusiva de las tareas domésticas. Para ello, contaron con la inestimable ayuda de las revistas femeninas y la publicidad, que describían el hogar como el paraíso de las mujeres.

En el siglo de los grandes avances tecnológicos, los mensajes son más sutiles, pero las técnicas se parecen mucho a las de siempre: se ridiculiza a quienes defienden la igualdad y se tergiversan las propuestas feministas. Ahora, además, las revistas femeninas y la publicidad remachan el clavo, insistiendo en apelar a la belleza como única fuente de felicidad para las mujeres. El mensaje de fondo, doscientos años después, sigue siendo el mismo: preocupaos por resultar atractivas, y considerad vuestra profesión un asunto secundario, casi superfluo. Y, sobre todo, no pretendáis acceder a los espacios masculinos con los mismos derechos que los varones. Si lo intentáis, lo pagaréis caro.

Begoña Muruaga